

# EL ACENTO LATINO DEDUCIDO POR EL ACENTO CASTELLANO, Y VICEVERSA, EN PALABRAS DE ORIGEN LATINO Y GRIEGO

*Bruno Manara*

## **Abstract**

In Latin there was no need of syllable accent or stress, but it is possible to infer what the emphasis of a Latin word was by comparing it with its equal word in Spanish, as a derived tongue from Latin.

On the other hand, in Spanish we have many greek words or derived from Greek, many of them were introduced to Latin two thousand years ago and were adapted to the latin accent, which it is still kept in Spanish. Therefore, it is possible to predict how a greek word is stressed as meanings of how it is incorporated into the Spanish common usage.

## **ACENTUACIÓN DE LAS PALABRAS EN CASTELLANO, LATÍN Y GRIEGO**

Posiblemente pocas lenguas, fuera del griego, posean un sistema de acentuación ortográfica tan estricto y preciso como el castellano. El conocimiento de tal sistema de acentuación sería suficiente para que un extranjero pudiera leer correctamente cualquier palabra castellana, aun sin comprender su sentido. Pero, ¿qué de una lengua muerta como el latín, que se escribía sin acentos ortográficos? El griego, en cambio, no presenta este problema, debido a que a partir del s. III a. C. se introdujo el uso de los acentos ortográficos, precisamente para obviar las dificultades que se presentarían luego con el latín.

En la actualidad, el uso y el conocimiento del latín sigue teniendo cierta relevancia en Biología ya que, siguiendo la norma impuesta por Linneo

en el s. XVIII, todos los nombres científicos de plantas y animales se expresan en latín, y en caso de que tales nombres estén formados con elementos griegos o de otros idiomas, se latinizan y se acomodan a las normas de concordancia de la gramática latina. Pero, ¿cómo pronunciarlos?

Este problema es muy sentido por los autores anglófonos de textos sobre el latín científico, quienes, al llegar al punto de cómo se pronuncian las palabras escritas en latín, a falta de algo mejor, sugieren que cada cual las pronuncie como le parece; en fin de cuentas, dicen, el latín científico es una lengua “escrita”, no hablada.

Lo que dificulta aún más el asunto, para un inexperto, es que los diccionarios clásicos, para indicar la acentuación de una palabra latina, usan los signos de sílaba larga (-) y sílaba breve (´). El signo de sílaba larga sobre una vocal, indica que la sílaba a la cual dicha vocal pertenece, recibe el acento prosódico (ejemplo: *obesus*), mientras el signo de sílaba breve indica que se acentúa la vocal de la sílaba anterior (ej.: *divortium*). Se debe observar, sin embargo, que en cada palabra puede haber más de una sílaba larga y más de una sílaba breve.

Para complicar la situación, algunos diccionarios (White, 1926, etc.) señalan las sílabas largas y las breves, no en función de la pronunciación de la palabra, sino para orientar en el cálculo de los pies métricos de los poemas clásicos latinos. De allí, por ejemplo, que se encuentren palabras con el signo de sílaba breve precisamente sobre la sílaba tónica (ej.: *juvenis*), o palabras con solo sílabas breves (ej.: *labefacio*), o con el signo de sílaba larga sobre una vocal átona (ej.: *tolerabiliter*). Diccionarios así, en nada ayudan a la hora de saber cómo se acentúa una palabra latina; y de todos modos, los signos de sílaba breve y de sílaba larga no se utilizan en la terminología científica.

Está, pues, plenamente justificada la frustración de Roland W. Brown (1954), quien escribe: “Chandler (1889), al igual que Goodwin (1927) con respecto del griego, dice que nadie en definitiva sabe cómo los romanos pronunciaban el latín, y que en muchas ocasiones es difícil saber si una vocal es larga o breve”.

Debemos recordar, sin embargo, que hasta el Concilio Vaticano II (1962-1965) el latín se usó a diario en la liturgia como lengua oficial de la Iglesia católica, durante muchos siglos se siguió hablando en las universidades, y se escribió en obras filosóficas, literarias y científicas de todo tipo, e inclusive

se acentuó con tilde ( ´ ), al estilo moderno, en ediciones internacionales de la Biblia, siguiendo las pautas de una pronunciación que se había ido transmitiendo tradicionalmente a lo largo de casi dos milenios.

Por otra parte, el problema de la acentuación de las palabras latinas no debería ser tan grave para nosotros, los latino-, y en especial para los hispanohablantes, ya que, aunque las palabras y la estructura sintáctica de los idiomas romances se hayan distanciado mucho del latín clásico (esencialmente por la pérdida de las declinaciones), sin embargo, es válido el principio establecido por el gran filólogo Ramón Menéndez y Pidal, a saber: que *las palabras castellanas todavía se pronuncian con el acento latino*, salvo escasas excepciones. Según este principio, si se quiere saber cómo se pronunciaban en latín palabras como: *hominem* (**h**ombre), *viridem* (**ver**de), *semitam* (**s**enda), *positum* (**p**uesto), *poetae* (poetas), *populum* (**p**ueblo), *laqueum* (**l**azo), *civitatem* (**c**iudad), *comitem* (**c**onde), *utilem* (**ú**til), *affinem* (**a**fín), *archipresbyter* (archi**p**reste), etc., bastará acentuar en cada palabra latina la sílaba correspondiente a la de las palabras castellanas, así: *hominem*, *viridem*, *semitam*, *positum*, *poetae*, *populum*, *laqueum*, *civitatem*, *comitem*, *utilem*, *affinem*, *archipresbyter*, etc.

### IMPORTANCIA DEL CASO ACUSATIVO

Para explicar a cabalidad la acentuación de las palabras castellanas, siempre según Menéndez y Pidal, debe recordarse que *están formadas sobre el caso Acusativo latino*.

La afirmación anterior se fundamenta en la circunstancia de que en la romanización de Hispania, luego de la segunda guerra púnica, a comienzos del s. II a. de C., hubo una gran afluencia de *negotiatores* itálicos, atraídos por las enormes riquezas de plata, estaño, cobre, hierro y oro de la península ibérica, por su próspera producción agrícola, por sus yegudas y las salazones de pescado.

Al mismo tiempo, los romanos fueron estableciendo varias colonias de veteranos, tanto para premiarlos por sus servicios, como para facilitar la romanización de los indígenas.

Se sabe que gran parte de esa masa humana de ocupación procedía del centro y sur de Italia, y concretamente eran de raza osca y umbra.

Desde el punto de vista lingüístico, estos pueblos hablaban el latín con unos rasgos que los diferenciaban del latín urbano hablado en Roma. En efecto, como dice Menéndez y Pidal, “hacían el nominativo plural de los temas en *-a* y *-o*, en *-as* y *-os*, conservando la desinencia indoeuropea, que el latín había alterado” haciendo el nominativo plural de los nombres en *-a* (1ª declinación) en *-ae*, y el nominativo plural de los nombres en *-o* (2ª declinación) en *-i*.

En otras palabras, mientras el latín de la Urbe, en plural en la 1ª y 2ª declinaciones distinguía el caso nominativo (*-ae* e *-i*, respectivamente) y el acusativo (*-as* y *-os*, respectivamente), los oscos, los umbros y los itálicos establecidos en España usaban para ambos casos la misma forma (*-as* y *-os*, respectivamente), que en latín clásico es propia del caso acusativo. Con esto reducían a una sola las desinencias expresivas de los distintos oficios sintácticos del sujeto y el complemento directo de la oración.

De lo anterior Menéndez y Pidal cita como evidencia una inscripción funeraria del s. II d. C. que dice:

*Filias matri piissime posuerunt* (que en correcto latín urbano hubiera debido ser: *Filiae matri piissime posuerunt*, “las hijas coloraron muy piadosamente –este recordatorio– para su madre”).

Este detalle, por lo que se refiere a la acentuación de las palabras de la 1ª, 2ª, 4ª y 5ª declinaciones, tanto del singular como del plural, en realidad, es irrelevante. En cambio, es de la mayor importancia en el singular de las palabras de la 3ª declinación, en la mayoría de las cuales el caso acusativo tiene una sílaba más que el nominativo, con lo cual suele provocar un desplazamiento del acento. Así se explica la acentuación de las palabras agudas castellanas que se originaron en palabras latinas de la 3ª declinación. Ejemplos:

	Latín	Castellano
(Nom. sing.)	(Ac. sing.)	
univérsitas	<i>universitatem</i>	<b>universidad</b>
cívitas	<i>civitatem</i>	<b>ciudad</b>
vírtus	<i>virtutem</i>	<b>virtud</b>

continúa...

	Latín	Castellano
(Nom. sing.)	(Ac. sing.)	
missio	<i>missionem</i>	<b>misión</b>
sermo	<i>sermonem</i>	<b>sermón</b>
vélox	<i>velocem</i>	<b>veloz</b>
éfficax	<i>efficacem</i>	<b>eficaz</b>
carbo	<i>carbonem</i>	<b>carbón</b>
orátor	<i>oratozem</i>	<b>orador</b>
descriptio	<i>descriptionem</i>	<b>descripción</b>
máior	<i>maiozem</i>	<b>mayor</b>
mélior	<i>meliozem</i>	<b>mejor</b>

Por lo anterior, es fácil deducir el acento correcto en palabras latinas de la 3ª declinación en caso acusativo singular, simplemente partiendo del equivalente acento castellano (ej.: *imperatorem*, *sanguinem* y *cimicem*, porque en castellano es: emperador, sangre y chinche).

### ACENTUACIÓN LATINA Y CASTELLANA DE PALABRAS GRIEGAS

Muchísimas palabras de uso corriente en nuestra habla cotidiana son o están construidas con elementos griegos. En dicha lengua, las palabras pueden ser: *agudas*, *graves* y *esdrújulas*. En latín, en cambio, no existen palabras agudas, de modo que una palabra cualquiera solo podrá ser *grave* o *esdrújula*. Por tanto, aunque el latín y el griego sean ambos “lenguas clásicas”, se debe tener en cuenta que cada lengua posee su propia psicología, y una palabra griega, por ejemplo, al pasar a boca de un latinohablante, se adaptaba forzosamente a las normas fonéticas del latín. Este fenómeno se produce a diario con todas las palabras que pasan de un idioma a otro.

Por de pronto, las palabras bisílabas griegas agudas pasaron al latín como llanas, y el castellano así las recibió del latín. Algunos ejemplos:

Griego	Latín	Castellano
scholé	<i>schola</i>	escuela
psyché	<i>psyche</i>	psique
chordé	<i>chorda</i>	cuerda
plegué	<i>plaga</i>	plaga, llaga
aér	<i>áer</i>	aire
Christós	<i>Christus</i>	Cristo
Kletós	<i>Cletus</i>	Cleto
laikós	<i>laicus</i>	laico, lego

En cuanto a las palabras polisílabas griegas agudas, al pasar al latín se volvieron esdrújulas (y una vez más, el castellano las mantuvo así también). Ejemplos:

<b>Griego</b>	<b>Latín</b>	<b>Castellano</b>
parabolé	<i>parábola</i>	parábola
orphanós	<i>órphanus</i>	huérfano
epikós	<i>épicus</i>	épico
politikós	<i>políticus</i>	político
technikós	<i>téchnicus</i>	técnico
methodós	<i>méthodus</i>	método
physiké	<i>physica</i>	física
botaniké	<i>botánica</i>	botánica
agorá	<i>ágora</i>	ágora

A este mismo acento esdrújulo, en latín (y en castellano) se acomodaron otras palabras, que en griego clásico eran llanas, como:

Griego	Latín	Castellano
Aristotéles	<i>Aristóteles</i>	Aristóteles
Sócrates	<i>Sócrates</i>	Sócrates
Alkybiádes	<i>Alcybiades</i>	Alcibiades
Demosthénés	<i>Demósthene</i> s	Demóstenes
Bereníkes	<i>Verónica</i>	Verónica
phosphóros	<i>phósphorus</i>	fósforo
porphyra	<i>púrpura</i>	púrpura
oikonómos	<i>oecónomus</i>	ecónomo
esophágos	<i>esóphagus</i>	esófago

Por tanto, cuando nuestros puristas afirman que en castellano no es correcto decir *diábetes* o *síndrome*, sino que lo apropiado es “diabetes” y “síndrome”, porque en griego se dice diabétes y syndróme,, en realidad no consideran que cada lengua tiene su propia psicología.

Donde sí se debe tomar muy en cuenta el acento griego es en las palabras obtenidas a partir de los términos *phílos*, amigo, y *phyllon*, hoja. Combinaciones hechas con el primer elemento son, por ejemplo: *Theóphilos* (“amigo de Dios”), *Pámphilos* (“amigo de todos”), *biblióphilos* (“amigo de los libros”) y otras parecidas. Tales palabras en latín mantienen el acento esdrújulo (*Theóphilus*, *Pámphilus*, *biblióphilus*), al igual que sus equivalentes en castellano; en efecto, la última sílaba es breve. En contraste, los muchos compuestos botánicos obtenidos a partir de *phyllon*, hoja, cuya última sílaba es larga, en latín son palabras llanas (ej.: *chlorophylla*, *macrophyllum*, *triphylum*, *polyphyllum*, *prophyllum*, *aphyllum*, etc.), y así deben permanecer también en castellano (clorofila, macrofilo, etc.), so pena de desvirtuar por completo el significado de lo que se pretende decir (ej.: *planta afile*, “planta sin hojas”; *planta áfila*, “planta sin amigos”).

Otro problema se planteaba en latín con las palabras griegas terminadas en *τα*. En latín también existen palabras terminadas en *ia*, y se pronunciaban (como todavía lo hacemos en castellano), diptongando los dos sonidos, es decir, pronunciándolos en una misma sílaba, así: *pa/tien/tia*, *pro/vin/cia*, *sa/pien/tia*, *jus/ti/tia*, *scien/tia*, *mi/ra/bi/lia*, *su/bli/mia*, etc. El griego, al contrario,

no hacía diptongo con *ia*, sino que pronunciaba esos sonidos en sílabas distintas. De allí resultaron las siguientes pronunciaciones:

<b>Griego</b>	<b>Latín</b>	<b>Castellano</b>
I/ta/lí/a	I/ta/lia	I/ta/lia
A/na/to/lí/a	A/na/to/lia	A/na/to/lia
A/ra/bí/a	A/ra/bia	A/ra/bia
In/dí/a	In/dia	In/dia
ek/kle/sí/a	ec/cle/sia	i/gle/sia
bi/blí/a	Bi/blia	Bi/blia

Que en latín las palabras señaladas se pronunciaban como lo indicamos arriba, se demuestra por el hecho de que algunas palabras griegas, como *hi/sto/rí/a*, *tra/goi/dí/a*, *ko/moi/dí/a*, *a/ka/de/mí/a*, *gym/na/sí/a*, que desde muy temprano llegaron a ser de uso general en latín, perdieron una sílaba en boca de los latinohablantes (*hi/sto/ria*, *co/moe/dia*, *tra/goe/dia*, *a/ca/de/mia*, *gym/na/sia*), y como tales pasaron al castellano: *his/to/ria*, *co/me/dia*, *tra/ge/dia*, *a/ca/de/mia*, *gim/na/sia*.

Por si lo anterior no bastara, una evidencia más de la diferente forma como se pronuncia el grupo vocálico final *ia* en latín y en griego, está en la circunstancia de que palabras absolutamente latinas, como los nombres propios femeninos *Li/via*, *Sil/via*, *Mar/cia*, *Lu/cre/tia*, en griego se volvieron: *Li/bí/a*, *Sil/bí/a*, *Mar/kí/a* y *Lou/kre/tí/a*.

Por otra parte, se debe destacar que muchas palabras griegas terminadas en *ια* nunca llegaron a ser del dominio público en latín, sino que estuvieron reservadas a la jerga de letrados y especialistas, y por lo mismo mantuvieron la pronunciación original con la separación de los sonidos *ια*; o bien se crearon o fueron incorporadas al castellano en siglos posteriores directamente desde el griego o de otras lenguas modernas, y por tanto, sin pasar por la boca del pueblo latinohablante de hace dos mil años. Tales palabras todavía mantienen en castellano la acentuación griega original. Por ejemplo:

Griego	Castellano
phi/lo/so/phi/a	fi/lo/so/fi/a
pai/da/go/guí/a	pe/da/go/gí/a
gue/o/gra/phi/a	ge/o/gra/fi/a
bio/lo/guí/a	bio/lo/gí/a
sym/pa/thí/a	sim/pa/tí/a
mo/no/to/ní/a	mo/no/to/ní/a
eu/pho/ní/a	eu/fo/ní/a
ka/ko/pho/ní/a	ca/co/fo/ní/a
or/tho/gra/phi/	or/to/gra/fi/a

Un soporte más del punto de vista que estamos expresando, es que de una misma palabra griega, pronunciada a la latina, o bien con la acentuación original, resultaron dos palabras modernas diferentes. Por ejemplo, symphonía, pronunciada a la latina, originó la voz “zampoña” (gaita), y a la griega : “sinfonía”; platéia, en boca de los latinohablantes, sonaba *platea* y *platia*, que originó nuestra “plaza”, mientras el término “platea” quedó para la jerga teatral; kathédra, pronunciada a la griega dio “cadera”, y a la latina, “cátedra”; kithára, a la griega se volvió “guitarra”, y a la latina, “cítara”..., y polítéia, está en el origen tanto de la “póliza”, como de la “policía”.

En castellano tenemos otros ejemplos de palabras originalmente griegas, pero con doble acentuación. Por ejemplo, las ciudades de Asia Menor y Siria llamadas Antiochía, las seguimos acentuando a la griega, mientras acentuamos a la latina la *Antioquia* de Colombia. Lo mismo dígame de Samaría y Romanía, cuya pronunciación castellana vacila entre la acentuación griega (Samaría, Rumanía) o latina (Samaría, Rumania).

Lo anterior nos permite establecer que, en la medida que las palabras griegas terminadas en *ia* pasen a formar parte del acervo lingüístico del pueblo de habla castellana, deberían ser pronunciadas a la latina. Esta tendencia se revela en muchas voces griegas, como euphonía, phobía, embolía, magnesía, orthodoxía, blasphemía..., que se volvieron “euforia”, “fobia”, “embolia”, “magnesia”, “ortodoxia”, “blasfemia”.... Igualmente, en una palabra muy controvertida, como demokratía, que suena “democrazía” en italiano y

“democracía” en portugués, en cambio, en castellano, a la latina pronunciamos: “democracia”, al igual que decimos: burocracia y méritocracia.

De esto podemos deducir que en designaciones ecológicas modernas como *Orinoquia* y *Amazonia*, en castellano deberían diptongarse los sonidos *ia* finales, para decir: Orinoquia y Amazonia. Al hacer un hiato con esos sonidos, propiamente no las pronunciaríamos a la castellana.

### BIBLIOGRAFÍA

- Blánquez, A. 1960. *Diccionario latino-español*. 2 vols. Barcelona, Ed. Sopena.
- Blánquez, A. 1974. *Diccionario manual latino-español y español-latino*. Barcelona, Ed. Sopena.
- Brown, Roland Wilbur. 1954. *Composition of scientific words*. US National Museum, Washington.
- Menéndez y Pidal, Ramón. (1904) 1977. *Manual de Gramática Histórica española*. Madrid, Espasa-Calpe, 15ª Ed.
- Nybakken, Oscar E. *Greek and Latin in scientific terminology*. (1959) 1981. The Iowa State University Press, Ames. 9ª Ed.
- Sebastián Yarza, Florencio I. 1988. *Diccionario Griego-Español*. Barcelona, Ed. Ramón Sopena.
- Stearn, William T. 1966. *Botanical Latin*. New York, Hafner Publishing Co.
- Tovar A., y J. M. Bázquez. 1975. *Historia de la Hispania romana*. Madrid, Alianza Editorial.
- White, John T. 1926. *A Latin-English dictionary* (Students edition). Chicago, Follett Publishing Co.